

Roma y los Galos

1.—ROMA ANTES DE SU LLEGADA

Liquidada la dominación etrusca, aparece Roma en su vida política, con dos problemas agobiantes que amenazan asfixiar el espíritu naciente de aquel pueblo; uno, originado del peligro exterior, de las naciones vecinas, que miraban a Roma como la heredera de la hegemonía etrusca en el Lacio, y otro, salido de su misma constitución como estado, puesto a prueba al derribarse la fuerza que lo creó. Este no desaparecerá totalmente hasta que los dos elementos de vida política arraigados en la ciudad —patriciado y plebe—, se fusionen legalmente en superior unidad, pues la nobleza, factora de la revolución del 509, había organizado para su provecho la autoridad política de Roma, teniendo en sus manos el Consulado y el Senado. Al llegar a la segunda mitad del siglo iv se podrá dar por terminado el proceso de la lucha por equiparar derechos y deberes en todos los ciudadanos. El peligro externo, en cambio, es ley de vida que exista para Roma hasta llegar a la madurez de su existencia.

Pero el que apretó a la ciudad durante el siglo que media entre la caída de los reyes etruscos y la catástrofe gálica, era, podíamos decir, de índole doméstica o regional. En un horizonte de no más de veinticinco kilómetros tuvo que luchar con pueblos vecinos, resabiados de su derrota unos, temerosos del poder creciente de Roma, otros. Aquéllos mil kilómetros cuadrados de

superficie en que se asentaba la jurisdicción romana a final del siglo vi, se habían convertido al empezar el iv en unos dos mil doscientos. La Etruria meridional se hallaba sometida, Sabinos, Ecuos y Volscos derrotados, Veyes, la peligrosa rival, derribada, y Roma, levantando orgullosa la cabeza por encima de aquel Lacio político y guerrero, para otear enemigos, abrirse paso y dominar nuevos pueblos. Diplomacia y valor le habían dado el triunfo.

Dispuesta de esta manera, un nuevo peligro, recordado siempre como horroroso y terrible, estaba a punto de estallar sobre su cabeza: la invasión de los galos. Como la encina, al decir de Horacio, podada por tosca hacha, de su herida saca virtud y fuerzas renovadas, así este pueblo, creador de nuestra civilización, de sus grandes trastornos y convulsiones ha sacado fortaleza y vida maravillosas. Pues al finalizar el siglo iv, pasada la tremenda pesadilla de los galos, dominada completamente Etruria y decaído el helenismo itálico, se alza como siempre Roma, campeona de la independencia y unidad de Italia, salvadora de culturas y asimiladora de todos los valores.

2.—*LA INVASION CELTICA*

Es natural que al tratar de las relaciones de los galos con Roma, presentemos a este pueblo en su origen, dispersión y consecuencias de su llegada a Italia, ante los ojos del lector. Su historia primitiva no entró dentro de las preocupaciones históricas de los antiguos. Más allá de los Alpes no le interesaba a Polibio más que afirmar rotundamente hechos fundamentales, sin analizarlos ni explicar sus causas. Nos dice que los Celtas habitaban Centro-Europa, o para hablar en lenguaje más suyo, que procedían de países hiperboreales. Eran guerreros de oficio, pero de espíritu abierto, generoso y maleable por la cultura en medio de su barbarie. Marsella y Roma, focos irradiantes de civilización, se encargarán de dulcificarlos. Si el consejero poliorceta de Escipión e historiadores que le siguen, no afirman más

del origen e invasiones primitivas de los celtas, la crítica moderna no encuentra estos problemas más resolubles.

En aquellos movimientos de oleadas que fluían en direcciones diferentes durante varias ocasiones de su vida, entraron los galos en Italia. Livio nos da la razón fundamental que espoleaba a aquel pueblo en busca de nuevas tierras, cuando nos presenta al rey del Célticum, Ambigato, del país de los bitúriges, preocupado por la superpoblación de su pueblo, y deseando dar una salida a aquella corriente de vida que puede morir asfixiada en el estrecho límite del país de sus padres. Superpoblación, ansia de aventuras y energía indómita son los motivos que acucian al rey a mandar a los hijos de su hermana, a Belobeso, hacia el sur, rompiendo la barrera de los Alpes, y a Sigobeso en dirección de la misteriosa Selva Hercinia. ¿En qué época tuvo lugar esta primera emigración? El mismo historiador latino nos dice que reinaba en Roma Tarquinio el Antiguo y de nuevo, cuando los galos senones van a acercarse a Roma, nos transmite la opinión tradicional de que hacia 200 años antes otros pueblos galos habían descendido por los Alpes. Dionisio de Halicarnaso nos los presenta haciendo su aparición en Italia el mismo año de la batalla greco-etrusca, ante los muros de Cumas, 524. Hay pues dos fechas mantenidas por la historia. La primera la sigue únicamente Tito Livio, y una vez consignada, encuadra los acontecimientos que narra, a principios del siglo iv a. C. Esta es precisamente la que los descubrimientos arqueológicos modernos han confirmado como más aproximada, dando la razón a la mayor parte de los historiadores antiguos, que, siguiendo una versión que tiene su origen en Timágenes, coloca la invasión céltica en Italia al final de la civilización de La Tène, en Francia (400 a. C.).

Otras preguntas que queremos responder en lo posible, son la de la forma en que se hizo la invasión, pueblos que la integraban y distribución geográfica de los invasores en tierra italiana. Primeramente debemos asegurar que no fue obra de un día, ni tampoco la oleada se marcó en una sola dirección, sino que franquearon los Alpes por diferentes pasos y en un periodo

seguramente largo, según les movían las razones apuntadas anteriormente. Tal vez los Alpes Orientales y la región recorrida por el Adigio sirvieron de paso a emigraciones transrenanas, diferentes de las propiamente gálicas. No serían tribus completas las que iniciaban la emigración, sino más bien fracciones de tribu formadas ocasionalmente, según deja suponer el texto de Livio sobre Ambigato. La cantidad de personas en cada emigración de pueblos puede suponerse en doscientas mil aproximadamente, si se tiene en cuenta que los Senones eran en la batalla de Alia, al decir de todos los historiadores, unos treinta mil, y que estos pueblos se movían llevando consigo familia y clientela, que se puede calcular en siete por cada combatiente, según opina el celtista Hubert. El paso por los Alpes cabe imaginarlo largo y penoso. Solamente su indómita bravura, su necesidad agobiante, la atracción que sentían por un país de ensueño y de riquezas, los mantenían firmes en aquella peregrinación completa de hombres, mujeres y niños, animales, carros y enseres, entre la hostilidad de los indígenas y la naturaleza salvaje y grandiosa de los Alpes. Trogo Pompeyo había comparado aquellas expediciones a un *ver sacrum* de los italiotas

El mismo Livio, en los cap. XXXIII, XXXIV y XXXV del libro V enumera cronológicamente y por su nombre los pueblos que, después de traspasar los Alpes, se establecieron en Italia. Eran éstos los Insubrios, que, al mando de Beloveso, atravesaron el país de los turinos, vencieron cerca del Tesino a los etruscos, que dominaban en el régimen de dodecarquía el territorio desde el Po a los Alpes, sin tocar la región véneta, y deteniéndose en un paraje llamado precisamente «insubrio», fundaron *Mediolanum* (Milán). Ocuparon las provincias actuales de Como y Milán. Les seguían los Cenomanos, que se establecieron desde Brescia hasta Verona, límite con Venecia, pero respetada por ellos. Los Boyos, acampados al sur de los insubrios en la región de Lodi, al norte del Po, abrieron paso por el río y se derramaron entre éste y los Apeninos, desde Parma a la etrusca Celsina, a la que cambiaron el nombre por el de Bononia. Limitaban con el pueblo de los Lingones, establecido en las tierras bajas de la Emilia hasta el río Utis. Desde aquí hasta el Aesis, frontera con el

Piceno, en los alrededores de Ancona, se extendían los Senones, pueblo que había llegado el último y ocupado naturalmente la región más avanzada del territorio invadido por los Galos. Estas cinco naciones, las principales, pero no únicas gentes que forzaron los Alpes, ayudadas entre sí, o por lo menos no impedidas mutuamente en su establecimiento, formaron una unidad de dominio, dentro de su constitución autónoma, que fue facilitada en parte por la dominación anterior etrusca en toda la región circumpadana. Nota Pais que no puede asegurarse si el orden cronológico seguido por Livio responde a un conocimiento exacto, derivado de escritores de la misma época, o si sólo representa una reconstrucción sacada de la posterior distribución geográfica de los Galos en las regiones de la Italia padana.

Aunque no fuera el enunciado el orden auténtico, nos basta el hecho, históricamente cierto, para estudiar ahora brevemente las consecuencias que éste tuvo, cultural y políticamente, en la Italia del norte y, en general, la presencia de los galos para Roma. El mismo historiador latino, principalmente, apunta unos datos sugestivos, que la arqueología se ha encargado modernamente de confirmar con amplitud. Los galos, al intentar establecerse en tierra itálica, tuvieron que luchar con los habitantes del país, ligures y etruscos, sobre todo. El número de invasores era desde luego capaz de desalojar completamente a los pueblos invadidos. Una civilización, por otra parte, establecida ya en pleno desarrollo en la región circumpadana, de tipo agrícola, muy superior a la gala, nómada y pastoril, atrae a aquel pueblo errante e inquieto, pero tan fácilmente adaptable a nuevas condiciones de vida, sobre todo ventajosas. Se ha hecho notar, además, que, a diferencia de los pueblos hallstáticos, buscadores de alturas, los galos de La Tène aman con preferencia las tierras de la llanura. Por estas razones en aquellas ricas tierras, explotadas hacía tiempo por la poderosa Etruria, los galos han formado un establecimiento compacto y duradero, cuyo descubrimiento arqueológico nos comprueba su importancia y extensión. Las relaciones con los pueblos ocupados han sido varias. Existen regiones donde se ha impuesto la fusión, dando origen a un pueblo celta-ligur, como en el Piamonte. Otras veces los ligures

se han retirado, buscando un refugio al pie de los Alpes y de los Apeninos y dejando a los galos las tierras de llanura, al decir de Etrabón. Los etruscos son rechazados hacia los Alpes Réticos, pero sin embargo, donde su civilización es más intensa, dominan fusionados con los galos, como ocurre con los Senones, a orillas del Adriático.

Es decir, que el pueblo recién llegado ha encontrado fácilmente lugar donde asentarse y, sin transformar substancialmente la constitución étnica de la Circumpadana, se ha mezclado con las poblaciones indígenas, pudiendo afirmar que las primeras generaciones de galos nacidos en Italia, como observa Hubert, son tan italianas como galas. Sólo queremos hacer una salvedad con el país de los vénetos, que, en un estado de progreso y de unidad florecientes, resistieron siempre el ataque de los galos, desde su baluarte de *Patavium* (Padua).

Muy diferente es la actitud del pueblo recién venido en sus relaciones con Italia central y meridional. Con estas regiones italianas el galo procede como con tierra de conquista y de lucha continuas. Les sirven como válvula de escape a sus ansias de nomadismo y aventuras y las somete sin cesar a un sistema de «razzias» y de saqueo, terror de las poblaciones. Durante la mayor parte del siglo iv, en avalanchas sueltas o a sueldo de otros pueblos, a lo que se presta fácilmente su nativa generosidad y falta de un ideal político, se convierten en árbitros de la lucha que sostienen los pueblos del centro de Italia y las poblaciones griegas del sur, manejadas en su decadencia por Siracusa y por Atenas.

Luego estudiaremos las grandes consecuencias que esto tuvo para la vida futura de Roma. De momento terminamos la historia de su venida y de su establecimiento en Italia, saludándolos por haber entrado por primera vez dentro de la corriente de la historia y de la civilización.

3.—LOS GALOS EN ROMA

Simplemente una de aquellas incursiones violentas, a las que hemos aludido, tal vez sin ningún objetivo determinado, si se exceptúa el del botín y la sangre, fue la que sufrió Roma dentro mismo de sus muros, y que por la categoría del desastre, el peligro enorme en que sumió a la ciudad, y el destino transcendental de su historia, ha quedado grabado, no sólo en la imaginación de todos los romanos de la época, sino en las páginas de los historiadores griegos y latinos. Las variantes que ofrecen, sobre todo Polibio y Diodoro con Tito Livio, se deben a las fuentes diferentes consultadas. El latino tiene a la vista analistas recientes. Los griegos, parece que han consultado tradiciones más antiguas, que figuran amalgamadas en sus obras. No es del carácter de nuestro artículo el estudio crítico de ellas ni la discusión del valor histórico de los datos aportados por unos y otros. Además, que el fondo substancial de los hechos, idéntico en todos, es suficiente para la exposición del acontecimiento, cuya rápida crítica haremos enseguida.

Diversos oráculos habían anunciado como una calamidad horrible la llegada de los galos a Roma. El tirreno Arrón, que tenía en su casa al pupilo Lucumón, fue injuriado por éste al enamorarse de su esposa. El marido burlado no encontró más solución que llamar en su auxilio a aquel pueblo terrible, a quien le había dado a conocer las dulzuras del vino italiano. Espoleados por el hambre y el deseo de aquellas tierras de llanuras más feraces, traspasan los Senones las gargantas del Apenino e inundan la Etruria. Piden a los habitantes de Clusium reparto de tierras. Los clusinos bien amurallados se resisten. Ante el peligro, aunque Roma no tenía relaciones políticas con los de Clusium, éstos, por haberse mantenido neutrales cuando la enconada lucha de los romanos con Veyes, piden auxilio a Roma. Roma envía como embajadores a tres Fabios para que medien y se establezca la paz. Estos faltan al derecho, toman las armas y matan a un galo. El Senado, ante la influencia de aquella poderosa familia, no da la satisfacción debida a la de-

mandá gala y premia a los Fabios contra el parecer de los Feciales, árbitros del derecho violado. Breno, el jefe de los bárbaros, decide marchar a Roma para castigarla. Atemorizada la ciudad, organiza un ejército, que sale al encuentro de los galos y a pocos kilómetros de la ciudad, a orillas del riachuelo Alia, es completamente derrotado. Aquel día fue considerado por los romanos nefasto para siempre. Cunde el pánico. La ciudad no tiene recinto amurallado desde los tiempos de Porsena. La gente huye despavorida a los campos y ciudades cercanas. Parte se refugia en la recién conquistada Veyes. Huyen las Vestales y sacerdotes, llevando a Cere sus dioses y objetos de culto. Otros se quedan en Roma afrontando la situación. Los senadores, impávidos y solemnes, aparecen sentados en sillas curules en las puertas de sus moradas, con el báculo ebúrneo en las manos, esperando la hora terrible de ver aparecer a los bárbaros. Estos llegan al atardecer, según Livio. Las puertas de la ciudad estaban abiertas. Entraron en ella y la sometieron a un saqueo y mortandad horrorosos. En parte es incendiada. Algunos romanos, sobre todo jóvenes, han podido escalar la fortaleza del Capitolio y desde allí resisten, con Manlio a la cabeza. La magnitud de la catástrofe, la más sangrienta que sufrió Roma, se difundió por toda Grecia, al decir de Plutarco, y Heráclito Póntico recordaba en su libro «Del alma», que del occidente se decía que un ejército de los Hiperbóreos, que había venido de la parte de afuera, se apoderaba de la ciudad greco-romana, fundada allí sobre el gran mar.

El asedio del Capitolio por parte de los galos fue largo y penoso. El hambre y la peste se levantaron con la guerra, haciendo estragos entre sitiadores y sitiados. De julio a febrero duró el inútil sitio. Mientras tanto se estableció contacto entre los del Capitolio y los romanos de Veyes. También éstos, al mando de aquel Cedicio Marco, que oyó la voz que presagiaba el azote de los galos, suspiraban por Camilo, desterrado en Ardea.

Era éste una figura excelsa de la política, de la guerra y de la religión romana. Veterano de anteriores guerras, dictador, vencedor de Veyes, la terrible rival, sufría en aquel entonces el destierro de parte de sus conciudadanos a causa del botín de

la ciudad e incumplimiento de un voto. A él se dirigieron las miradas de los romanos refugiados en Veyes en aquella apurada situación de la patria. Respetuosos con el derecho político hasta el extremo, no le declaran dictador hasta que las esencias legítimas del Estado conservadas en el suelo sagrado del Capitolio cumplan la fórmula tradicional, que requiere su creación. Un romano, Poncio Cominio, se ofrece voluntario y, desde Veyes, atravesando el Tiber por medio de corchos y burlando la ronda de los galos, en el silencio de la noche, escala el Capitolio, y el Senado declara a Camilo, en su ausencia, dictador. La huella del romano es descubierta por los galos y éstos intentan repetir la acción a la noche siguiente. Lo que viene después es la conocida narración de Livio, en la que el historiador romano ha puesto el calor y la emoción que le inspira su profundo amor a la patria lacerada. Gustemos su literatura y critiquemos su historia. Alude en su narración a la defensa del Capitolio por Manlio, la ansiosa espera del ejército de Camilo, los tratos de la paz, el rescate de Roma por mil libras de oro, el inicuo peso de la balanza, la oportuna llegada del gran Camilo, la recuperación del dinero y la sangrienta y total derrota de los galos al día siguiente, en la octava piedra miliaria de la Vía Gabinia. Todo había terminado. Sólo quedaban solares y muros calcinados en Roma. Sobre ellos hará su entrada triunfal Camilo. Ahora le parece la patria mil veces más querida y sagrada que en los días de gloria y de triunfo sobre la Etruria y el Lacio.

Livio, historiador de gran evocación, en un raptó de inspiración épica y de magnífica descripción oratoria, se esconde en el espíritu religioso de Camilo, y, ante aquel venerable Senado, le hace pronunciar una conmovedora arenga, la más emocionante de las que pronunció aquel místico-político, para pedir, oponiéndose a toda idea de emigración, que el primer deber de los romanos era dar gracias a los dioses inmortales, levantar sus templos derruidos y edificar de nuevo las paredes caídas de la patria. Roma surgió de nuevo y Camilo fue llamado segundo fundador de la ciudad. Octogenario, le arrebatará la peste, al decir de Plutarco, al año siguiente de haber logrado la concordia entre patricios y plebeyos, nombrando en los Comicios

consulares un cónsul de cada partido. Era el año trescientos sesenta y seis a. de C. Había sido cinco veces dictador.

4.—CRITICA DE LA LLEGADA DE LOS GALOS A ROMA

Hemos contado el anterior episodio, teniendo en la imaginación el todo sustancial del hecho, aprendido con preferencia en Livio y en Plutarco, despojado intencionalmente de multiplicidad de variantes, que hubieran molestado el estilo rápido y la visión única que exige una atrayente narración. No es nuestra finalidad el análisis detallado de cada una de las afirmaciones, las opiniones encontradas de los autores antiguos en cada dato y los resultados finales a que la crítica moderna, después de apasionadas discusiones y de un cernido fino y continuo, ha separado la escoria de la invención, oro de leyenda, del noble metal que se valora en la historia. Es más modesta nuestra aspiración. Simplemente se reduce a subrayar aquellos datos que la analística romana ha tenido natural preocupación en rehacer y que debe tener presente siempre el lector para enjuiciar los hechos, y dar, por otra parte, un juicio sintético y seguro sobre el valor general histórico del episodio narrado.

Ante todo, Livio ha entrado plenamente ya, en el libro V de sus *Décadas*, en el campo de la historia. Los hechos por él narrados son sustancialmente históricos, pero aparecen profundamente alterados. Veamos los principales, las causas de la alteración y la realidad verdadera del dato consignado. Siguiendo la cronología griega, como se admite actualmente, fijaremos la estancia de los galos en Roma en el 387 al 386 antes de Cristo, en vez del 390, que afirma la analística romana.

La razón de la invasión no parece proporcionada al desenvolvimiento y resultados de la expedición gala. Los Senones, últimos aparecidos en Italia, forzados a ocupar las tierras más avanzadas, estrechados entre las faldas del Apenino y el Adriático, oyen hablar de las ricas tierras llanas de Etruria, y, en el afán de poseerlas, llevados de su natural movilidad, irrumpen en tumultuosa expedición por entre los desfiladeros de la cor-

dillera. Estos son los motivos que apunta expresamente Polibio en el capítulo XVII del libro segundo de su Historia. La violación del *ius gentium* acumulada sobre la anécdota de los Fabios y el descuido de los deberes religiosos a que se alude al empezar la batalla de Alia, son claro indicio de invención, apropiada al carácter de los sacerdotes, árbitros del derecho político y religioso.

Detalles de menor importancia debaten los críticos en torno a la batalla de Alia, considerada, por la mayor parte, histórica. El nombre de Breno lo defiende Pais, como el propio del caudillo galo, frente a la afirmación de eruditos, que lo han creído común a todos ellos. La conducta de los galos después de la batalla y la de los mismos romanos está llena de variantes en los historiadores antiguos, a veces contradictorias, siendo difícil encontrar la noticia verdadera. Diodoro cree que, entregados los galos al botín, tardaron un día en llegar a Roma. Polibio los hace presentarse al tercero. Livio, lógico en el motivo con que los pinta animados, los trae ante las puertas de la ciudad, al caer el sol del 18 de julio, día de la derrota de Alia. Difícil sería, si fuera verdad, compaginar la actitud y suerte de los senadores, barbudos o rapados, en el Foro o en sus casas, con la noticia siguiente de su reunión en el Capitolio, en pleno asedio, decretando los comicios y nombrando a Camilo dictador.

La posición del centurión Cedicio Marco en Veyes y de Camilo en Ardea, que, puestos al frente de sus compatriotas, al decir de Livio, lucha, el uno contra Etruria, y el segundo sorprende sangrientamente a los galos merodeadores, no está en relación lógica con la forma de presentárnoslos, no aceptando el centurión el mando de los suyos para libertar al Capitolio, ni Camilo la jefatura superior de ardeanos y veyenses hasta esperar que, en tan apurada situación militar, se guardasen escrupulosamente todas las formalidades políticas y religiosas que regulan los nombramientos en tiempos más normales. Aquí es clara también la contradicción, cuya resolución está en haber seguido Livio la historia fabricada por un analista, para presentar a los antiguos respetuosos hasta el extremo con la ley. Una vez más el moralista triunfa sobre el historiador.

La misión que pudo llevar al Capitolio el emisario romano y la forma de intentar los galos el asalto, han sido presentadas también diversamente, relegando lo de los perros y gansos a anécdotas sugeridas por ritos del culto a Génita Mana y a Juno Capitolina.

Polibio apunta una razón de la marcha de los galos, más natural y en consonancia con los datos consignados anteriormente sobre localización geográfica y relaciones de los invasores con los vénetos. No la atribuye a la peste y al hambre, que obligan, según Livio, a los dos bandos a tratar las estipulaciones de la paz, sino que dice textualmente, que «invadiendo los vénetos el país de los galos, establecieron entonces pacto con los romanos y abandonando la ciudad subieron hacia su región».

Lo que falta para la terminación del drama puede suponerse, dada la actitud de los personajes y el desenlace que exige el público a quien va destinada su representación. Es decir, los romanos no pueden sufrir la vergüenza que supone el rescate de su ciudad por mil libras de oro y la han cubierto con la oportuna llegada del dictador, que liquida el asunto completamente a su favor. El honor nacional ha salido triunfante de aquella humillante afrenta. El honor de la historia puede quedar a salvo admitiendo, a lo sumo, que en la retirada de los galos, siempre desordenada, algunas de sus bandas fueron atacadas por las guarniciones romanas de Cere y Veyes, muy cerca de Roma y muy lejos del Adriático, adonde se suponía haber llegado Camilo en su persecución.

En resumen. En todo el relato precedente late un fondo histórico indudable, urdido por restos de viejas tradiciones, a veces contradictorias entre sí, por las que es imposible abrirse paso para separar lo verdadero de lo falso, pues la reconstrucción de los hechos por la analística romana posterior ha tenido el cuidado de trazar fantásticamente con todos ellos un monumento a la gloria de Roma, y Livio copia de ella animando la narración con el calor del patriotismo y el entusiasmo religioso.

5.—CONSECUENCIAS PARA ROMA, DE LA ESTANCIA DE LOS GALOS

Queremos estudiar las repercusiones que la toma de la ciudad por los galos y su presencia e intervención durante muchos años en la política italiana han tenido para Roma. Homo ha comparado la catástrofe del 387 a la del 509, por sus consecuencias. Etruscos por el norte, volscos por el sur y hérnicos por el este, con el Lacio rompiendo la misma federación, se levantan contra Roma al día siguiente de su ruina, pero ella sabrá imponerse, porque su gloria y su grandeza consisten en hallar en cada momento difícil de su vida el hombre y los medios que la salven.

Camilo será fundamentalmente la persona encargada de ello. Los procedimientos serán varios. Primero nos referiremos a la reconstrucción de la ciudad. Tito Livio mismo refiere más tarde que el Capitolio fue defendido con gruesos murallones de piedra cuadrada, obra, añade, digna de admirarse aún en medio de la actual magnificencia de la ciudad. En el año 378 consigna la construcción de la muralla, de idéntica fábrica que el Capitolio, y el levantamiento de torres en ella. Alude al recinto llamado de Servio Tulo, del que se han distinguido diversos períodos en su fabricación, pero cuya parte más fundamental hay que atribuirle a esta época y no a la de Servio ni los Tarquinius. Homo en diversas obras y Huelsen y Kiepert, al describir la forma de la ciudad antigua, dan a Roma un perímetro de once kilómetros y medio con dieciséis puertas. Este recinto incluyó dentro de él al Capitolio, fortaleza defensiva de la ciudad, con el templo de Júpiter Optimo Máximo, patrono principal de la urbe.

Otra reforma fue la militar, llevada a cabo en diferentes ocasiones, sobre todo por Camilo y el dictador C. Sulpicio. En primer lugar, al decir de Plutarco, la lucha con los galos obligó a los romanos a tener un ejército permanente y nacional, pues antes sólo combatían en los meses del verano y nutrían sus filas con clientes y voluntarios a sueldo de jefes particulares, pero a partir de ahora hay ya soldados y caballeros mantenidos a costa

del Estado. Para habérselas con los galos, que blandían la terrible *gladius longa*, Camilo ideó para sus soldados el casco de hierro en la cabeza, en vez del de cuero anterior. Defendió el escudo con láminas de bronce, y al *pilum*, asta simple de madera, se le añadió una espiga de hierro dulce, que naturalmente lo hacía más eficaz. C. Sulpicio enseñó el arte de arrojar las javalinas, no como hasta entonces, en descargas simultáneas todas las líneas de formación, sino sucesivamente, para correr después juntas hacia el enemigo. Aunque tradicionalmente se atribuye a Camilo, sólo hacia el 340 se puede asignar la distribución de la legión romana en las tres líneas fijas de *hastati*, *principes* y *triarii*, divididas a su vez en manipulos y centurias, de pequeña formación, lo que proporcionaba una movilidad que no tenía la anterior ordenación falangista de tipo griego o etrusco. Innovaciones todas introducidas en el siglo IV y consecuencia de las luchas de los romanos con galos y samnitas.

Política y moralmente el triunfo de Roma en la segunda mitad del siglo IV a. C. es satisfactorio y esperanzador. Los enemigos tradicionales, levantados en el momento de la mayor catástrofe que sufrió la ciudad, al cabo de unos cuarenta años se hallan completamente vencidos. La Etruria meridional está sometida. Los volscos aplastados y dejando paso a Roma, a través de su país, para mirar cara a cara al terrible samnita, que le espera por mucho tiempo. Los galos han sido puestos a raya y a Roma no le asustan ya las horribles incursiones que durante medio siglo asuelan a Italia central y meridional. Los latinos, que han querido sacudir el yugo de su rival, se encuentran de nuevo atados en la federación, y Roma, la primera potencia de ella. Los dos mil doscientos kilómetros cuadrados a que aludíamos al empezar el siglo IV, se han convertido, después de la destrucción de Roma por los galos, en unos seis mil. Sus límites van desde el bosque Cimino hasta Axur, cerca de Terracina, y desde el Tirreno a las faldas del Apenino.

Pero el triunfo moral es sobre todo alentador para el futuro. Ha surgido de sus cenizas y se levanta nueva y pujante, atrayendo a todos hacia ella. Echemos una mirada sobre la Italia de entonces. Los dos únicos poderes que han significado mucho

en su historia, están en franca decadencia. Etruria retrocede inevitablemente. La Padana ha caído bajo el poder de los galos. La Etruria campana sufrió definitivamente, en su poder marítimo, la última derrota junto a Cumas por griegos y siracusanos, inmortalizada por Píndaro en su primera Pítica. La ribereña del Tiber acabamos de verla sometida por Roma. El otro poder, el helénico, afincado en tierra meridional hacia siglos, va sufriendo internamente el desgaste de su vida próspera y refinada. La lucha entre las poblaciones italiotas y las colonias, alentada a veces sordamente por Roma, la intervención extranjera desde el siglo v a. C., primero de Siracusa y luego de Atenas, en las rivalidades de las mismas ciudades griegas, reclaman una ayuda y un poder fuerte que recoja aquella decadencia iniciada en el siglo iv y que amenaza aniquilar su civilización.

Sólo hay un pueblo a quien sus condiciones geográficas y políticas le disponen para una elevada e histórica misión. Es Roma. La primera potencia del centro, sistiene por el norte la avalancha gala y, cara a cara durante muchos años con la realidad, se hace gonfaloniera de los pueblos italianos, que en la lucha continua con aquellos bárbaros que asuelan la tierra patria, empiezan a sentir la idea de independencia y unidad. Por el mediodía un poder de origen asiático, mezclado ya en la vida italiana al lado etrusco, hace pensar en aquella potencia del centro, vínculo de pueblos, tierras y culturas, que salve la civilización griega amenazada por la perfidia púnica. Roma ha visto la realidad, las circunstancias han hecho su historia, pero su gloria será haberlas aprovechado.

TOMAS DE LA A. RECIO.